



Andersson Urban/EFE

La Alta Representante de Política Exterior de la UE, Catherine Asthon, deposita flores en la plaza Maidan de Kiev en memoria de los fallecidos el pasado 24 de febrero.



Agentes antidisturbios permanecen en guardia durante las protestas de la capital ucraniana. La foto es del día 19 de febrero.

UCRANIA, espadas en alto

Tras la revuelta popular que supuso la caída de Yanukovich el país se enfrenta a un incierto futuro político y a las amenazas separatistas de Crimea

LA historia de Ucrania ha sido pura tragedia desde sus orígenes. Sin duda, se trata de uno de los países europeos que más han sufrido bajo el yugo del estalinismo y en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Solo en la hambruna de 1932-33, en la que se dieron muchos casos de canibalismo, provocada por la enloquecida colectivización ordenada por Stalin, se calcula que murieron cinco millones de personas, por no hablar de los fusilamientos y torturas, las cárceles, la feroz represión contra los campesinos y las deportaciones en masa, que hicieron de Ucrania un gigantesco matadero. Pero la geopolítica viene marcada ante todo por la geografía,

y en este sentido basta echar una ojeada al mapa para calibrar que Ucrania es un país bisagra entre la inmensa Rusia y el umbral oriental de Europa. Eso puede ser una bendición o una maldición, pero atenerse a esa realidad resulta imperativo. Obviarla, sería una sinrazón.

La propia debilidad de Ucrania, como Estado de reciente creación y límites imprecisos, representa un grave peligro para el conjunto europeo porque aumenta la tentación de las fuerzas exteriores más radicales de intentar absorber un país que algunos pueden considerar *tierra de nadie*, un botín en disputa por la última frontera de Europa. Esta visión carente de realismo conduciría directamente a la confrontación con el gran

vecino ruso, que, aún vencido en la Guerra Fría y fragmentado, continúa siendo una superpotencia militar y dispone del segundo arsenal nuclear del mundo. El drama vivido en la plaza Maidan (murieron cerca de 100 personas y hubo más de medio millar de heridos) no puede presentarse como un simple juego maniqueo de buenos y malos, porque la divergencia histórica es palpable y viene de antiguo. Si el oeste de Ucrania es proeuropeísta, el este es prorruso. Y en una situación así, el compromiso parece necesario e inevitable, so pena de romper al país en pedazos, lo cual es una amenaza cierta, por supuesto. Como expresó no hace mucho el exprimer ministro de Luxemburgo, Jean Claude Juncker,



Alexey Furman/EFE

«los demonios de Europa no han sido expulsados», simplemente están dormidos, y cometería un error garrafal quien considere que el problema de la guerra y la paz está enterrado definitivamente en el viejo continente.

REVOLUCIÓN NARANJA

Desde la caída de la URSS la situación en Ucrania ha sido un forcejeo político enconado que refleja la propia división social y cultural del país. En las elecciones presidenciales a doble vuelta de

noviembre del año 2004 se enfrentaron el actual presidente Yanukovich y el tándem Viktor Yushenko-Yulia Timoshenko. Tras muchas denuncias de irregularidades y fraude electoral se desató la llamada *Revolución Naranja*, que desembocó en un compromiso que alejó el fantasma de la guerra civil y permitió volver a celebrar elecciones, en las que se alzó ganador Viktor Yushenko, considerado representante del sector proeuropeista, con Timoshenko de primera ministra, a quien la prensa bautizó *la princesa del gas*

por sus intereses económicos personales en ese sector, crucial para el país.

Después de un periodo de relativa tranquilidad, Ucrania y Rusia atravesaron la crisis conocida como *la guerra del gas* a principios de 2009. Rusia alegaba el impago de la deuda que Kiev mantenía con la empresa rusa Gazprom, principal suministradora del gas que circula por los oleoductos de Ucrania, y las relaciones entre los dos países empeoraron mucho por el enfrentamiento del Kremlin con la política nacionalista y antirrusa

Desde el fin de la URSS Ucrania ha vivido un forcejeo político que refleja la división entre prorussos y proeuropeos

Si el gobierno de Yanukovich era corrupto y poco democrático, la oposición es un conglomerado confuso y muy radicalizado

de Yushenko, mientras las situación económica y financiera iba empeorando. Al final, Yushenko y Timoshenko terminaron siendo enemigos y *la princesa del gas* fue expulsada del gobierno en medio de una situación económica caótica, tras firmar un acuerdo de suministro energético entre Ucrania y Moscú que terminaría llevándola a la cárcel por abuso de poder. En los últimos diez años la crisis económica ha destruido el tejido social, la corrupción sigue haciendo estragos y el desempleo obliga a muchos ucranianos a emigrar para buscar trabajo.

ACUERDO NECESARIO

La sombra de Armagedón es alargada y debería ser hora de recoger velas y hacer balance. Cualquier compromiso es bueno en la medida en que evite que la situación se deteriore hasta el extremo de desembocar en un enfrentamiento directo entre Rusia y EE.UU. y deje a Europa convertida en un nuevo escenario de Guerra Fría. En este sentido, el acuerdo logrado el 22 de febrero, tras los sangrientos sucesos de días anteriores en la plaza Maidan, que incluye la liberación de la exprimera ministra Timoshenko, un gobierno de coalición y la convocatoria urgente de elecciones, debería considerarse un pacto aceptable si las fuerzas políticas ucranianas son capaces de cumplirlo. Algo bastante problemático, puesto que si el gobierno de Yanukovich deja mucho que desear en cuanto a corrupción y escasa calidad democrática, la oposición es un conglomerado confuso y muy radicalizado, incapaz hasta ahora de ofrecer alternativas realistas. Lo logrado en los acuerdos del 22-F por la oposición equivale a una retirada en toda regla del ejecutivo actual, pero quizá solo se trate de un respiro para el asalto final al poder del

sector antagonista más radical, que pretende un cambio de Estado y de aliados en el exterior, no un cambio de gobierno.

En este sentido, la jugada más deseada por Washington — como señala el analista de política internacional, Adrián Mac Liman — sería dejar aislada estratégicamente a Rusia. Desde la caída de la URSS, el avance de la OTAN y la UE hacia las fronteras de Rusia ha sido constante y exitoso, a falta solo de integrar a dos países que todavía permanecen fuera de la órbita occidental. Uno es Bielorrusia, que por el momento parece inaccesible, y el segundo es Ucrania, donde la balanza estratégica podría inclinarse a

con China. Es evidente también que la OTAN y la UE no son entes pasivos y juegan sus cartas, apostando por una política de ampliación hacia el este. Por otra parte, como señalaba Seumas Milne, analista del diario británico *The Guardian*, parece poco dudoso que la actuación de la UE en Ucrania está vinculada a la estrategia militar occidental, a tenor de las declaraciones del secretario general de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen, quien expuso que un tratado con Ucrania sería un «potente estímulo para la seguridad euroatlántica». Moscú no puede impedir la aspiración de Ucrania de estrechar relaciones con Bruselas, pero entiende que

la disyuntiva creada por la UE, forzando a Kiev a elegir entre Europa y Rusia, representa un falso enfoque, agravado, además, por el menosprecio hacia otros procesos de integración del espacio postsoviético, descalificados a priori como proyectos para satisfacer las ambiciones imperiales rusas. Por otra parte, la cooperación económica ruso-ucraniana no es, ni mucho menos, despreciable para ninguna de las dos partes. A la rebaja de los precios del gas se une toda una serie de acuerdos industriales y comerciales que, desde el punto de vista ruso,

son mutuamente beneficiosos, y no impiden que Ucrania pueda integrarse en la Comunidad Económica Euroasiática y al mismo tiempo profundizar su colaboración con la UE. El objetivo final deseable para Rusia sería la creación de un amplio espacio económico común de libre mercado europeo en el que estuvieran incluidos no solo Rusia y la UE, sino la Comunidad Económica Euroasiática, Ucrania y otros países de Asia.

El pulso está echado y todos parecen haber ido ya demasiado lejos en un enfrentamiento que refleja básicamente la



La exprimera ministra y líder de la oposición, Yulia Timoshenko, en el discurso ofrecido tras su excarcelación el 22 de febrero.

favor de Occidente si la UE (en especial Alemania) y Estados Unidos deciden echar el resto en ayudar a la oposición. Pero la apuesta es muy arriesgada en el caso de que Moscú acepte el órdago, y nadie puede garantizar que no lo haga.

Parece claro que en el plano geopolítico, el Kremlin tiene por objetivo reconstruir un bloque continental euroasiático cohesionado alrededor de Rusia, y a eso van dirigidos sus esfuerzos por articular la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), la Unión Económica Euroasiática y la alianza estratégica



Una milicia prorusa denominada *Cosacos Unidos* controla el acceso al Parlamento en la península de Crimea horas después de la caída de Yanukovich.

identidad bipolar de un país profundamente dividido, cuya historia como nación independiente tiene solo 23 años y que tradicionalmente ha excitado la codicia internacional. Ucrania ha sido el granero tradicional de Rusia con el 50 por 100 de su territorio cultivable, y además de ser la plataforma del paso del gas ruso a Centroeuropa, es rica en carbón, hierro y otras materias primas. Rusos, alemanes, lituanos, turcos, austriacos, rumanos, suecos y polacos han batallado en su suelo, y Lenin se la cedió a Alemania en 1918 para salvar la revolución bolchevique en Rusia, aunque la entrega apenas tuvo efectividad por la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial.

HISTORIA

El carácter de encrucijada étnica y política de Ucrania viene marcado desde sus orígenes. Fue el primer estado eslavo oriental creado por los Varegos nórdicos con capital en Kiev. A finales del siglo XII se le unieron los principados de Galitzia y Volinia (Ucrania occidental), que en el siglo XIV fueron repartidos entre Polonia y Lituania. Invasión por los mongoles en el siglo XIII y tras unirse al reino polaco-lituano, quedó sometida a Polonia, cuya nobleza latifundista exprimió a fondo a la población campesina ucraniana. A partir del siglo XVI, grupos de cosacos disidentes fugados de Rusia lograron una cierta autonomía, aprovechando las luchas entre Polonia y los in-

vasores tártaros, y durante el siglo XVII se sucedieron las rebeliones de cosacos, una gran parte de los cuales se unieron al Estado zarista de Moscú en 1654, con el que se sentían hermanados por afinidad religiosa y lingüística. Luego, bajo el zar Pedro I el Grande, los cosacos intentaron rebelarse de nuevo y fueron cruelmente masacrados.

A finales del siglo XVIII, Catalina II de Rusia asestó el golpe definitivo a los últimos vestigios de independencia ucraniana, y los rusos ampliaron sus fronteras en la región con la incorporación del janato tártaro de Crimea (1783) y Besarabia (1812), pertenecientes al imperio otomano, más la Podolia Oriental y Volinia, territorios de Polonia. Ya en el siglo XX, con el derrocamiento del imperio zarista, Ucrania se proclamó república autónoma, y tras la breve dependencia alemana de 1918 fue ocupada por el Ejército Rojo y pasó a ser una de las repúblicas federadas de la URSS en 1922 hasta la des-

La península de Crimea, de mayoría rusa, siempre ha estado próxima a Moscú

trucción de la Unión Soviética en 1991. La Primera Guerra Mundial y la Revolución bolchevique condujeron a Ucrania a una guerra civil con un millón y medio de muertos, a la que puso término el Tratado de Riga (1921) que daba nacimiento a la República Socialista de Ucrania. Al término de la II Guerra Mundial, la URSS anexionó a Ucrania la Galitzia, la Bukovina septentrional, una parte de Besarabia y la Rutenia subcarpática, arrebatadas a Polonia, Rumanía y Checoslovaquia. Durante la etapa comunista de Jruschov y Leonid Breshniev se mantuvo una política de asimilación entre rusos y ucranianos, truncada bruscamente en julio de 1990, cuando el parlamento ucranio aprobó una declaración de soberanía, y con Rusia y Bielorrusia, Ucrania creó poco después la Comunidad de Estados Independientes (CEI), lo que supuso la liquidación de la Unión Soviética.

Las raíces de división de Ucrania en dos entidades separadas están inscritas en su historia desde la Edad Media, pero en el momento actual esta división se ha envenenado por el dilema radical planteado a los ucranianos: optar por la UE o estrechar las relaciones con Rusia. En términos inmediatos, la disyuntiva para Ucrania sería decantarse por la asociación con la UE o integrarse en la unión aduanera de Rusia, Bielorrusia y Kazajistán. El país está dividido entre el sentimiento occidental, que mira hacia Europa y otro, que predomina en la parte suroriental y en Crimea, claramente volcado hacia Rusia y su cultura. La tercera vía, inclinada hacia una política de neutralidad y no-alineamiento, parece por el momento descartada. A todo este desconcierto se añade el asunto de la península de Crimea, en el Mar Negro, con la importante base naval de Sebastopol. Un territorio ruso *regalado* absurdamente en 1954 por el líder soviético Nikita Jruschov a la Ucrania socialista soviética en un momento de euforia, cuando se conmemoraban los 300 años de la unión con Rusia. Tras la caída de Yanukovich, milicias prorusas se asentaron frente a las puertas del Parlamento de Crimea reivindicando su anexión a Rusia. Las espadas siguen en alto y la actitud de unos y otros con Moscú a la cabeza, será crucial para el futuro.

Fernando Martínez Láinez
(Analista internacional)